



HISTORIA
DE LA CELEBRE REINA DE ESPAÑA
DOÑA JUANA,
LLAMADA VULGARMENTE
LA LOCA.

Madrid.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARIA MARÉS, Corredera Baja de San
Pablo, núm. 27.

1848.

CAPITULO PRIMERO.

CAPITULO II.

CAPITULO III.

CAPITULO IV.

CAPITULO PRIMERO.

De cuáles fueron los padres de Doña Juana la Loca, y las cosas que pasaban en su palacio.



Don Fernando y doña Isabel, célebres y nunca bien ponderados reyes católicos, ocupaban los tronos de Aragón y Castilla, dando un ejemplo de moralidad y sabiduría á toda su corte, y siendo estimados altamente, no solo por la aristocracia de su época, sino también por todos sus súbditos. Muy agradecidos los reyes esposos á las muestras de cariño que estos continuamente les prodigaban, no podían menos de expresar su reconocimiento de una manera más loable, porque estos monarcas no se desdorbaban de que cualquier vasallo hiciese parar su carruaje, aun en los sitios más públicos y concurridos, para prestar atención á lo que les quisiesen manifestar. No obstante de esto, siempre se ha conocido, según los historiadores, el no faltar nunca entre los palacios aquellas comunes discordias y hablillas, hijas de la envidia. Ninguna prueba que caracterice más esta verdad, que la de que hallándose ya encinta la reina Isabel la Católica, comenzaron á propalar

varios personajes, entre los cuales se hallaba D. Enrique de Villena, que la sucesión que esperaban no podía menos de ser bastarda; y esto lo deducían de las varias escenas que habían presenciado en palacio. Mas en embargo de ser D. Fernando tan previsor, y de inspeccionar tanto las cosas que le eran ajenas, parece que estas voces las tomó por vagas, y no se cuidó de ellas; así es, que dichos personajes atribuían la indolencia de D. Fernando en este punto, al miedo ó al excesivo amor que profesaba á Doña Isabel, la cual unía á los vínculos de esposa, el ser nieta de su hermano.

Miras particulares se llevaban el de Villena y otros en difundir por el vulgo tales voces, pero miras que más tarde fueron descubiertas por los que más le vendían amistad, declarando al soberano verbalmente los proyectos concebidos por ellos, y mostrándole por escrito la correspondencia que habían interceptado dirigida á D. Juan de Portugal, á la cual contestó inmediatamente D. Fernando por medio de su enviado de negocios, Lope de Albuquerque. No habiendo querido Don Juan de Portugal dar audiencia al enviado de Castilla, y habiéndolo llegado á saber muy pronto D. Fernando, montó en cólera de tal suerte, que nadie se atrevía á dirigirle una palabra. Procuraban aplacarle en algunos momentos de furia, pero todo era en vano; amenazaba que haría entender á sus contrarios lo que merece el que agravia al monarca de Castilla, y que mostraría cuán grandes eran sus fuerzas contra los que le enojaban. Tampoco fueron bastantes á aplacar su ira los ruegos de su hermano D. Pedro de Acuña, conde de Buendía, quien le protestaba no se irritase tan terriblemente, que tal vez una fraguada noticia, como podía ser, fuera el motivo del ludibrio y las imprecaciones que dirigía sin distinción de parientes y

amigos. Solo á las amonestaciones de un personaje que porrespeto se calla, era á las que daba cabida el rey D. Fernando. Estepersonaje se supo grangear su cariño por su bella cualidad, que era lade todo adulator, logrando con sus palabras henchir el pecho del monarcacada dia de mayor pasion. Aun la misma reina Isabel tuvo en muchasocasiones que valerse de este favorito para hablar con su real esposo.

Estos sucesos ocurrían en el palacio de la imperial Toledo, cuando dió á luz la reina Isabel, el 6 de noviembre de 1479, á la princesa Doña Juana de Castilla, muy parecida á su abuela Doña Juana, esposa de D. Juan III de Aragon, segun afirma el autor de *las Reinas Católicas*.

El nombre de Doña Juana es el de uno de los monarcas que por mas largotiempo han figurado en España al frente de los documentos y órdenes reales, y no obstante se puede afirmar que en pocas ocasiones, ó mejordicho en ninguna, tuvo parte la aficion á los trabajos que le proporcionaba su elevada gerarquía. Esta especie de hastío al destino árduo que debia ejercer á la edad que requieren las leyes, se le iba aumentando con los años; por el contrario, cualquier faena á que la dedicasen de las propias de su sexo, la abrazaba con el mas indecible júbilo; asi es que, todavia de corta edad, era la admiracion de cuantos la oían y observaban sus entretenimientos. A esto se puede añadir que su nombre no era mas que una mera forma para dar á conocer que la heredera del trono de Castilla existía.

Cuando pocos años despues su hijo el célebre Cárlos V tomó las riendas del gobierno de España, por la habitual imposibilidad de su madre, observó el mismo método, ora porque asi lo dispusieron en varios Estamentos del reino, ora porque ella era la soberana en realidad y ora por respeto y atencion, como lo hizo

conocer al renunciar los estados en su hijo Felipe, al cual pedía encarecidamente hiciese conservar ileso el nombre de su desventurada abuela al frente de los negocios públicos, para no causarla descontento.

Cincuenta años conservó esta soberana el título de reina de España, á pesar de no haber gobernado ni un solo día; tal era la enagenación mental de que se hallaba poseída causada por los poderosos y bienfundados motivos que mas adelante se irán conociendo.

El memorable D. Francisco Jimenez de Cisneros y el rey Don Fernando, ordenaron, como gobernadores durante la menor edad de Carlos V, no se hiciese pública la insuficiencia de Doña Juana, á pesar de estar íntimamente convencidos de su incapacidad; de manera que por muchos y reiterados esfuerzos que hicieron algunos para declarar su nulidad, no lo lograron; y eso que para nada les estorbaba, pues que jamás se sintió de que no contasen con su voluntad para ninguno de los actos de gobierno.

Su razón se encontraba sumamente turbada por los impulsos de una lícita y vehemente pasión: por esta causa fue su vida cruel la de un reo aprisionado; y si alguna vez pareció resentirse de su precaria suerte, era para en seguida fomentarla ella misma con los padecimientos de su imaginación ardiente, creyéndose que tal vez cometería un desacato contra el objeto de sus mas tiernas adoraciones.

Hé aquí el motivo por qué un nombre de suyo tan esclarecido, apenas ha figurado bajo, el concepto político, en el catálogo inmenso de los soberanos españoles; y por consecuencia es enteramente nulo. Mas no obstante de todo, fue reina de esta

magnánima y poderosa nacion, hija de los grandes reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, y madre del noble y valiente emperador Carlos V; de suerte que los pormenores de su vida privada, los motivos por qué le sobrevino su demencia, y el fundamento con que se la llama la Loca, no pueden menos de excitar la curiosidad, y con doble causa, porque puede uno mirarse en esta soberana, como en el triste espejo de los funestos resultados que las violentas pasiones llevadas al extremo tienen, siempre que no se modifican y reprimen con la razón.

Dotada Doña Juana de un talento nada común, de una viva y ardiente imaginación, fue educada de una manera no vulgar para aquella época: y especialmente en la lengua greco-latina, hizo tan admirables adelantos, que la hablaba con una soltura encantadora. El sabio Luis Vives afirma que de cualquier materia que se le tratase en este idioma, contestaba repentinamente como si fuera en castellano. A estas cualidades unía además una figura esbelta y de mucho interés; era el tipo de la hermosura, colmada de gracia y dignidad: sus grandes ojos, expresivos y rasgados, denotaban el raro talento y energía de su alma, á lo que acompañaban los dignos y elegantes modales de la corte de Isabel, dechado de virtudes y moralidad.

Todas estas grandes circunstancias, reunidas con el poderío de sus padres, hacían de Doña Juana uno de esos partidos más aventajados para cualquier joven príncipe de Europa. Estas mismas circunstancias la constituían en una infanta acreedora á ser idolatrada, aun por los que no tuviera el placer y el honor de admirarla. Prueba evidente, que notaron mucho tiempo algunos príncipes en ver cuál era el que podía ser dueño de joya de tan inestimable valor. D. Fernando y Doña Isabel no quisieron tampoco prolongar su casamiento, así es que contando

apenas quince años, esto es, en 1494, ajustaron las deseadas bodas con D. Felipe, archiduque de Austria, duque de Flandes, de Artois y del Tirol, é hijo del emperador de Alemania, Maximiliano I. Ajustadas que fueron, al instante se dió principio á los preparativos de marcha con el boato y solemnidad dignos de la hija de tan poderosos señores. Una armada de ciento veinte navíos de alto bordo se aprestó en el puerto de Laredo, embarcándose en ella quince mil hombres de guerra no incluyendo la tripulación. A Don Alonso Enriquez, gran almirante de Castilla, estaba encomendado el mando de esta flota: iba de capellan mayor D. Diego de Villaescusa, dean de Jaen; y la encargada por el rey de servir y hallarse á las inmediatas órdenes de la infanta, era Doña Teresa de Velasco, esposa del almirante que dirigia aquella expedicion. La cámara y todos los destinos pertenecientes á su persona, se servian por damas y caballeros de la primera nobleza de España; así lo dice en las listas que de ellos forma D. Lorenzo de Padilla. Inútil es hacer mencion de las ropas y alhajas que habian de adornar á tan augusta princesa: se puede decir para abreviar que se habian dispuesto con elegancia y profusion.

Terminados los preparativos, se dirigió toda la real familia por el puerto de Laredo, para despedir á tan escelsa infanta, escepto el rey D. Fernando que por hallarse celebrando de Cortes en Aragon, no pudo verificarlo, muy á pesar suyo. El malogrado príncipe D. Juan, hermano de Doña Juana, y su augusta madre la acompañaron hasta la entrada del navío, donde anegados en un mar de lágrimas, se dieron mutuamente el mastierno y afectuoso á Dios. A Dios, que resonó por todos los ángulos de la embarcacion, en señal de reconocimiento á las reales personas que quedaban en tierra. El dia 19 de agosto de 1496 se hicieron á

la vela con direccion á los Estados flamencos. Ningun contratiempo se habianotado, ninguna cosa que hubiera venido á turbar la tranquilidad de la ilustre viajera habia acurrido, hasta tocar en las costas de Flandes, endonde se levantó un temporal tan borrascoso, que se vieron precisados águarecerse en el primer punto de salvacion que encontraron. Grande erala afliccion de Doña Juana al ver en tan inminente peligro su vida, peroDios quiso pudiesen arribar en el puerto de Toorlan, en Inglaterra, despues de haber caminado por término de mas de dos horas, luchando conlos embravecidos oleajes que un momento mas los hubiera sumergido en lo profundo de los mares. Permanecieron en esta poblacion siete dias, durante los cuales fue la infanta muy obsequiada por las damas ycaballeros principales de aquel pais, que acudieron presurosos á besarsu mano y juntamente á ofrecerla sus servicios.

CAPITULO II.

De cómo se casó Doña Juana, los hijos que tuvo y otros asuntos delmayor interés.



uando el temporal se hubo apaciguado, dispusieron el viaje háciaFlandes; y el 8 de setiembre desembarcaron en la bahia de Ramna, puertosituado en las inmediaciones de Holanda, sin otró contraste que haberdesaparecido varias alhajas de gran valor de la princesa, porque elnavío donde se encontraba

su recámara encalló en un banco llamado elMonge, sitio bastante peligroso. El príncipe que el Cielo habiadestinado para esposo de Doña Juana, habitaba entonces un suntuosopalacio en Lande, pueblo del Tirol; mas cerciorado de la venida de sucara prometida, abandonó este, dirigiéndose con la mayor velocidad áLieja, donde tuvo el placer de admirar la belleza de la infanta, despuesde haberla esperado impaciente en esta ciudad trece dias. Inmediatamentese puso en ejecucion el casamiento habiéndoles dado las bendiciones D.Diego de Villaescusa, dean de Jaen.

Practicadas con la mayor solemnidad y magnificencia las ceremonias decostumbre, pasaron á Amberes, y de aqui á Bruselas, donde fueroncolmados de enhorabuenas, y donde tenian dispuestas para su llegada loshabitantes de esta provincia muchas fiestas, de las cuales estuvieronlos jóvenes esposos disfrutando largo tiempo. Tales fueron lasdiversiones dispuestas por el pueblo de Bruselas, que afirman algunosautores, se le oyó mas de una vez decir á Felipe, que de buena ganaseria su punto de residencia esta capital.

Es opinion comun que D. Felipe era de una arrogante figura, apuestocaballero y muy amigo de vestir con esplendidez. Añádese á esto uncarácter amable, por lo cual todos lo apreciaban. Estas cualidadesfueron las que le grangearon el renombre de *Hermoso*. La infanta DoñaJuana, era por el contrario estremada y enérgica; pero no obstante, seapoderó de ella una pasion tan vehementísima, que desde el instante quele vió le amó con ciega idolatría. El cariño de Doña Juana hácia Felipeel Hermoso se aumentaba mas cada dia, por el modo de vivir queobservaron, y por el buen comportamiento del archiduque, que como joven,no pensaba en otra cosa que en los

placeres; así es que continuamente se hallaban en torneos, saraos y otras diversiones, con las cuales crecía la pasión de su joven esposa, contemplando la gallardía y la destreza en las armas de su Felipe. Su marido era el objeto de sus adoraciones, en él tenía depositado su corazón, y para él únicamente vivía; el joven archiduque pagaba este cariño a Doña Juana con todo el calor de su corta edad, y las galantes maneras de un príncipe, de suerte que la infanta se contaba por uno de esos seres más felices, y mucho más cuando llegó a notar que pronto iba a ser madre.

Llegó la ocasión en que partieron para Flandes después de algún tiempo, donde dió a luz Doña Juana el 15 de noviembre de 1498 a Doña Leonor, continuando hasta entonces ileso su amor en ambos y no cesando de ser ejemplo de los esposos bien queridos. A pesar de que aunque no hubiera sido así, bastaba solamente la posesión del fruto de su casamiento para que hubiese tomado más incremento su acendrado cariño.

No tuvo para sus estados el mejor éxito haber nacido hembra; pero sin embargo, como eran queridos los padres, fue apreciada la hija. Dos años después, el año de 1500, marcharon a Gante, donde el día 21 de febrero tuvieron un hijo, al cual nominaron Carlos, después conocido en todo el universo por su fama y poderío. Grande era el alborozo que se veía pintado en los semblantes de los habitantes de aquellos estados, esforzándose cada cual a expresar la alegría que experimentaba por el heredero príncipe. Innumerables también fueron las fiestas que con tan solemne motivo se ejecutaron, y sería por lo tanto causa de elevar el extracto de esta historia a una inmensa altura.

Empezaba por esta época ya Doña Juana a sumirse en la desesperación; porque desde que la fortuna parecía inclinar todo

Thank You for previewing this eBook

You can read the full version of this eBook in different formats:

- HTML (Free /Available to everyone)
- PDF / TXT (Available to V.I.P. members. Free Standard members can access up to 5 PDF/TXT eBooks per month each month)
- Epub & Mobipocket (Exclusive to V.I.P. members)

To download this full book, simply select the format you desire below

